

Misceláneas carobarrojanas

La unidimensionalidad es una característica que se aviene mal con la obra y el pensamiento de don Julio Caro Baroja. Por el contrario, la pluralidad de perspectivas, la apertura a los diversos campos del saber, la interconexión de intereses históricos, lingüísticos, etnográficos y literarios son constantes en su labor intelectual. Tales procedimientos, recurrentes en muchas de sus obras, los encontramos en algunas aparecidas recientemente, como *Jardín de flores raras*¹, *Arte visoria y otras lucubraciones pictóricas*² y *De etnografía andaluza*³.

El título de la primera aparece inspirado en *El jardín de flores curiosas* (1570) de Antonio de Torquemada, libro condenado al fuego en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote, como lo fue la novela del mismo autor *La historia del invencible caballero don Olivante de Laura, príncipe de Macedonia* (1564).

En el *Jardín de flores raras* de Caro se reúnen escritos diversos sobre la quiromancia y la alquimia, la mitología, la isla de Jauja y otras cuestiones de geografía imaginaria, la pasión de escribir, etc. La práctica de la quiromancia en España aparece ya documentada en el *Diccionario de Autoridades*. Allí se recoge un texto de Vicente Espinel en el que se hace referencia a esta actividad fundamentalmente gitanesca y a otro del *Estebanillo González* menos directo. Caro reconoce que la actividad de los gitanos en este orden era común en todos los países de Europa desde que éstos aparecieron. Sin embargo, la quiromancia cuenta con unos antecedentes más antiguos. De Artemidoro de Éfeso, que floreció en la segunda mitad del siglo II d. de C., se reconoce una obra acerca de la interpretación de los sueños, pero también se sabe que compuso otra sobre quiromancia⁴. Desde su época hasta nuestros días Caro Baroja repasa una serie de autores, algunos de los cuales defienden su verosimilitud y otros la atacan como una vana arte adivinatoria más. Con independencia de esta discusión, Caro destaca que la quiromancia ha llegado a crear una técnica y un sistema de reglas. La quiromancia, como otras artes adivinatorias y las mágicas

¹ Caro Baroja, J., *Jardín de flores raras*, Barcelona, Seix Barral, 1993.

² Caro Baroja, J., *Arte visoria y otras lucubraciones pictóricas*, Barcelona-Madrid, Tusquets-El Urogallo, 1990.

³ Caro Baroja, J., *De etnología andaluza*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Málaga, 1993.

⁴ Vid. *Guidae Lexicon*, ed. de Ada Adler, Stuttgart, 1971, I, p. 367, n.º 4025.

en general, no obtiene nunca la comprobación. Sin embargo, no sólo se sigue creyendo en ellas, sino también se continúa afirmando que están comprobadas por la experiencia: una experiencia especial que ha dado lugar a que se hable de un apartado del saber humano dedicado a las «ciencias ocultas» u «ocultismo». E independientemente de que muchos aspectos del ocultismo y sus métodos sean falsos, lo que no es falso es el deseo, ni tampoco la voluntad de creer.

En el capítulo del *mito*, se estudia en primer lugar la complejidad de significados que entraña esta palabra ya en la antigüedad clásica, y más tarde el tratamiento que recibió por parte de los escritores. Durante mucho tiempo, al elucubrar sobre las religiones griega y romana, se tendió a satirizar y a ridiculizar los mitos. Si los autores cristianos hicieron burla de ellos, otros que no lo eran, como Luciano de Samosata, ya pusieron en solfa acciones atribuidas a los dioses del Olimpo. Son conocidos diversos pasajes de *La República* de Platón en los que se ataca a Homero como narrador de historias indecentes atribuidas a los dioses, que provocaban además tendencia a la molicie. Pero, por otra parte, la mitología greco-latina, ya en nuestros Siglos de Oro, se creía que «envolvía» —como dice Lope de Vega— la filosofía antigua y sus modalidades estéticas⁵.

La mitología, para Caro Baroja, tuvo un sentido funcional, mucho antes de que apareciera el funcionalismo como doctrina antropológica. Este carácter funcional del sistema religioso politeísta fue analizado por H. Usener en 1896, cuando acuñó el concepto de *Sondergötter*.

El mito tuvo, sin embargo, varios sentidos y funciones. Así lo ponen de manifiesto algunas de las obras analizadas por Caro Baroja, como el *Theatro de los dioses de la Gentilidad*, de fray Baltasar de Victoria, predicador de San Francisco de Salamanca y natural de esa misma ciudad. El libro tiene dos aprobaciones, una de ellas firmada por Lope de Vega, en la que resalta la importancia de la obra para entender la moralidad que «embolvió la antigua Philosophia en tantas fábulas para exornación, y hermosura de la Poesía, Pintura y Astrología, y en cuyo ornamento, los theólogos de la Gentilidad, desde Mercurio Trimesgisto, hasta el divino Platón hallaron por symbolos, y Hieroglíficos la explicación de la naturaleza de las cosas...». La obra de Victoria obtuvo mucho éxito y conoció varias ediciones. La mitología clásica era algo tan vivo para los hombres de los siglos XVI y XVII, que el *Theatro de los dioses* hace continuas referencias a textos de eruditos renacentistas y de poetas españoles o italianos. El autor utiliza en el mismo nivel un texto de Homero y otro de Góngora, como lo hace al tratar del *Polifemo*⁶. Alaba el ingenio y el artificio del poeta cordobés aunque «púsolo todo en ser oscuro». Victoria adquirió su saber en Salamanca. Él

⁵ En una aprobación al *Theatro de los dioses de la Gentilidad de fray Baltasar de Victoria*, I, Salamanca, 1620, § 4.

⁶ Victoria, B., o. cit., libro II, cap. IX, pp. 380-389.

mismo afirma que asistió a las clases del profesor de retórica, don Francisco Sánchez «El Brocense», que aclaraba textos antiguos difíciles⁷. Aunque en esta época la astrología ya estaba condenada, no por ello deja de referirse a juicios astrológicos, así como a los caracteres de la fisiognómica. Y si el padre Feijoo, en la centuria racionalista, consideraba falaces tales cuestiones⁸, ya en la época de Sócrates andaban por Atenas hombres dedicados a la fisiognómica. Quevedo hace referencia en *Los sueños* a ciertos escritos sobre «fisonomías» y él mismo escribió un *Tratado de la Adivinación por Quiromancia, Fisonomía, Astronomía*, en el que hace burla de las respectivas técnicas⁹. Cervantes emplea también la palabra «fisionomía» en el capítulo XIV del segundo *Quijote*. En el *Teatro social del siglo XIX por Fray Gerundio*, es decir, don Modesto Lafuente, hay un capítulo con este título «¿Se puede conocer a los hombres por la cara?»¹⁰.

El capítulo tercero de *El jardín de flores raras*, que lleva por título «La isla de Jauja y otras tierras felices» y el quinto, donde se estudia la «Geografía imaginaria: moral y religiosa» presentan ciertas afinidades e interconexiones. En el primero de ellos subraya el autor la idea de que existen en la tierra ciertos ámbitos en los que la vida humana se desenvuelve en términos de absoluta felicidad. En la Antigüedad se tuvo noticias de unas islas que en latín se denominaron *Insulae Fortunatae*. Plinio se refiere a ellas en su *Historia natural*, siguiendo la autoridad de Sebosus, autor que parece haber estudiado bien la geografía de Occidente. Son conocidas asimismo por Ptolomeo, Pomponio Mela y Estrabón, que narran algunas de las maravillas que en ellas ocurrían. El texto más significativo es, sin embargo, para Caro, el de Plutarco sobre la vida de Sertorio. Este caudillo, según Plutarco, se encontró en la desembocadura del Betis a unos marinos que llegaban de tales islas. Contaban que en ellas llovía moderadamente, que los vientos eran suaves, que había mucho rocío, y que en la tierra, blanda y jugosa, crecían árboles con frutos abundantes y sabrosos, de suerte que los hombres vivían holgadamente, sin trabajos ni penas.

Luciano, en la segunda parte de su relato novelesco titulado *Historias verdaderas*, describe cierta ciudad en la que hay maravillas de todas clases y donde reina la felicidad. La ciudad está también situada en una isla.

Caro Baroja analiza toda la nómina de países imaginarios descritos por Feijoo y se detiene luego en el estudio de la isla de Jauja. Repasa así un pasaje conocido del paso quinto de *El deleitoso* (1567) de Lope de Rueda, en el que un ladrón, Honzigeria, hace referencia a «aquellos contecillos de la tierra de Jauja», tierra en la que se azota a los hombres por trabajar. Es raro que ni en el vocabulario de Cervantes, ni en el de Lope de Vega, ni en el de Góngora, encontremos la palabra, que parece muy adecuada —según Caro— para el desarrollo de relatos burlescos y poesías humorísti-

⁷ *Ibid.*, libro V, cap. XIII, p. 807.

⁸ Feijoo, B. J., *Theatro crítico universal*, Madrid, 1781, V, pp. 38-76.

⁹ Quevedo, F., *Obras*, ed. J. Cejador, Madrid, 1924, IV («*Obras satíricas y festivas*»), pp. 134-142.

¹⁰ Madrid, 1984, pp. 231-234.

cas. Sin embargo, en el *Romancero general* de don Agustín Durán, se recoge uno, tomado de cierto pliego de cordel, que se titula *La isla de Jauja*. En el refranero, tanto en las colecciones de don Francisco Rodríguez Marín como en otras más actuales, se insertan varios proverbios referidos tanto a la «Isla de Jauja» como a la «Tierra de Piripao».

Con estos parajes guardan cierta relación las «islas fantásticas» estudiadas en el capítulo quinto de *Flores raras*, dedicado a la «Geografía imaginaria». Esta geografía ficticia tiene antecedentes venerables. Según Diodoro de Sicilia, el filósofo Euhemero hizo un supuesto viaje a cierta isla, que se hallaba mucho más allá de la Arabia Feliz y que se llamaba Panchaea, y allí encontró la clave del sistema racionalista según el cual los dioses griegos eran hombres de época remota divinizados. Hay memoria de otras islas imaginarias de épocas más recientes. Una sátira contra la Iglesia católica contienen los primeros capítulos del libro quinto de *Pantagruel* de Rabelais.

Al anotar don Diego de Clemencín el capítulo de la «Ínsula Barataria» del *Quijote*, manifiesta que los libros de caballerías están llenos de referencias a islas singulares, de las que los nombres daban idea de la existencia de una característica física o de otro tipo. Así la «Ínsula profunda» en el *Palmerín de Inglaterra*, donde hay referencias también a ínsulas encubiertas y peligrosas; la «Ínsula del llanto» en *Celidón de Iberia*; la «Ínsula Gigantea» y «Salvajina», en *Lisuarte de Grecia*, etc.

En este catálogo de islas contamos también con una real, la de Formosa, a la que el erudito inglés G. Psalmanazar (1679-1763) en su *Description of the island of Formosa* cargó de contenido imaginario.

Frente a los países imaginarios, poblados de gentes raras y desagradables, existen otros, como El Dorado, en el que todo resulta placentero. Voltaire nos cuenta en el capítulo XVIII del *Cándido* (1759) que su protagonista estuvo allí. Otros escritos del siglo XVIII nos hablan igualmente de países escritos del siglo XVIII nos hablan igualmente de países fantásticos como los *Viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift, los *Viajes de Enrique Wanton* (1764), de Z. Seyiman, etc. Ya en 1872 Samuel Butler publica su novela *Erewhon* (= *Nowhere*), en la que se describe un país en el que castigan a quienes enferman y cuidan y asisten a los viciosos y maleantes. Un carácter hostil a los ideales de la Revolución Francesa presenta *La isla de la felicidad* publicada entre 1824 y 1827 por el autor sueco Daniel Amadeus Atterbon (1790-1865). De 1826 es *La isla del Sur*, del poeta húngaro M. Vörösmarty, y de 1896 *La isla del Doctor Moreau*, de H. G. Wells. Dentro del género habría que incluir también al *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe y *La isla de los pingüinos* (1908) de Anatole France.

Caro Baroja concluye que esta abundancia de islas en una geografía imaginaria encierra casi siempre una actitud crítica y moralizadora.